



FUNCION DEL SUPERIOR EN UNA COMUNIDAD IGNACIANA

André Ravier, S.J.

El P. Ravier, conocido por sus estudios sobre la fundación de la Compañía de Jesús, estudia aquí el sentido y el papel de superior en una comunidad de inspiración ignaciana.

No es fácil definir la función del «Superior» en una comunidad que se sienta animada por el espíritu de Ignacio. En la relación autoridad-obediencia viene a suceder lo que en todas las relaciones ignacianas: el principio es simple y claro, pero tiene modulaciones hasta el infinito, cuando se aproxima a situaciones y personas concretas. El principio, en este caso, se basa todo él en la oblación que de sí y de su libertad hace el Compañero (emplearemos este término con preferencia a los de «inferior» o «súbdito») a Dios por medio del voto religioso de obediencia; y en la autoridad que del general descende a los Provinciales, y del Provincial hasta los Superiores locales e inmediatos.

El ejercicio del gobierno implica fe, esperanza y caridad; es un acto religioso, tal vez el acto religioso por excelencia: el Superior lleva el peso nada grato de manifestar al Compañero la voluntad —*hic et nunc*— de Dios sobre la existencia de él. *Hic et nunc...*, es decir, en la situación real en que se encuentra, y en función de su «temperamento natural y sobrenatural», de sus fuerzas y de las gracias recibidas.

Añádase que hay Superiores y Superiores: ¿son comparables la función del General y del Provincial, la del Rector de una casa de estudios y el Superior de una residencia o de una comunidad misionera cuyos miembros en su totalidad están dedicados a una misma tarea?

En fin, ¿es que esta función de Superior, por muy religiosa que sea, no está sometida a los choques de la evolución de ideas, de la psicología según tiempos y lugares? ¿es que la relación autoridad-obediencia puede tener el mismo sentido en el siglo 16 que en el 20, en un pueblo que por herencia histórica tiene agudizado el sentido de «jefe», de organización jerárquica, y en un pueblo agarrado a los privilegios de la persona humana, sensibilizado sobre la libertad individual y afanosamente rebelde?

Y con todo estas formas posibles de la función de Superior tienen un común denominador ignaciano. Vamos a empeñarnos, dentro de los cortos límites de un artículo, en precisarlo.

* * *

Bueno será, pienso, que recordemos ante todo una verdad, que, en nuestros días ya no resulta tan evidente. *No hay comunidad ignaciana donde no haya Superior.* La Compañía de Jesús no ha existido como orden religiosa sino desde el día en que los diez Primeros Compañeros se decidieron a «obedecer a uno de entre nosotros». Es menester insistir sobre el hecho fundamental puesto por los diez Compañeros reunidos en Roma durante la primavera de 1539: estos hombres habían hecho ya la obediencia por la que se pusieron a la disposición incondicional del Papa «para cualquier misión», el voto de pobreza evangélico, el voto de castidad perpetua; con todo, se consideraban todavía como Compañeros enteramente libres en su relación de los unos para con los otros.

Fue el 15 de abril, cuando, en una Celebración Eucarística tomaron el compromiso solemne de hacer el voto de obedecer a uno de entre ellos, si el Papa se lo autorizaba; esto es, si el Papa aprobaba el nuevo Instituto, de modo que la Compañía de Jesús se transformara en orden religiosa. La tradición ha sido fiel a este compromiso: la Congregación General 32, en fórmula lacónica, establece: «Toda comunidad de la Compañía debe tener su propio Superior» (Decr. 11, n. 45).

No será un despropósito eliminar ya desde ahora *algunas objeciones* que pudieran deducirse de la historia de los primeros años, los años ignacianos de la Compañía de Jesús.

Es cierto que acá y allá hubo entonces grupos de Compañeros sin Superior, al menos durante un lapso de tiempo; es cierto, igualmente, que, en una u otra circunstancia, Ignacio confió a alguna comunidad la elección de

su propio Superior, en espera de que pudiera señalar uno él mismo: así en Portugal y en Padua antes de 1547; en Gandía y en Valencia, y más tarde en Lovaina; cierto también que lanzó a Compañeros en «misión» dejando en sus manos las bridas, es decir, dejando a su propia iniciativa la adopción de los medios para lograr el fin asignado. Son casos excepcionales, que parecen soslayar, más o menos, la estricta relación autoridad-obediencia. El capítulo tercero de la *VII Parte* de las *Constituciones* [633-635] tiene previsto cómo y en qué condiciones puede el Superior remitir al Compañero a su propia libertad.

Por cuanto hace a estos casos antiguos, que nos parecen hoy sorprendentes, démonos cuenta de lo que estos años fueron, cuando Ignacio «lanzaba», bajo la presión del Espíritu, a la joven y fogosa Compañía. En aquella explosión apostólica, en que faltaban Compañeros para satisfacer las demandas que de todo el mundo católico le venían. ¿cómo no habría de padecer Ignacio de falta de Superiores... aunque fueren mediocres?

Salía del paso como pudiera, echando mano de lo que disponía: de ahí estos grupos, momentáneamente informales; de ahí estos todavía no sacerdotes, o incluso novicios, constituidos como Rectores de escolasticados; de ahí aquellas «ordenaciones» anticipadas, para poner al frente de una casa un Superior sacerdote, de ahí los casos de Superiores de «colegios» sentados en los mismos bancos codo a codo con sus «inferiores»; de ahí el caso de quien «praeest», «está al frente» de una comunidad, sin que se acierte a saber exactamente si es un Superior, o un Ministro, o un Prefecto de estudios, o un simple responsable de grupo; y cuáles fueran los derechos de que estuvieran investidos por Ignacio al designarlo. Periodo de búsqueda, de tanteos, donde las fuerzas de choque van más rápidas que la administración y la intendencia.

Hay un hecho seguro: Ignacio se empeñaba en cuanto podía, por constituir una situación normal. Quizás pudiera paradójicamente ser invertida la proposición: lejos de que Ignacio considerara que una comunidad pudiera existir sin Superior, tendía más bien a multiplicar Superiores para una misma Provincia, para una misma Casa: ¿cuántos Superiores no tenían a su lado un «colateral» , o un superintendente, o un Compañero con autoridad sobre ellos en cuanto concernía a la salud, a su tiempo de oración, a las penitencias?

Vengamos pues ya a la función a cuyo cumplimiento está llamado el Superior en una comunidad ignaciana. Aun a riesgo de parecer discípulo de Perogrullo, digamos que la *función esencial del Superior*, es la de hacer del grupo de Compañeros que le han sido confiados una comunidad y una comunidad ignaciana: sencillamente, la de renovar el suceso de 1539, cuando

el grupo de aquellos diez «amigos», libres hasta entonces los unos respecto a los otros, se vincularon en una comunidad religiosa por medio de «la obediencia a uno de entre ellos».

Resulta de interés conocer por qué los diez amigos franquearon el costoso terreno de la obediencia.

Nos lo refieren ellos mismos, sin ambigüedades: «concluimos... que *nos era más conveniente y más necesario* profesar obediencia a alguno de nosotros; 1) para dar mejor cumplimiento a nuestros deseos primeros de seguir en todo la divina voluntad; 2) y para más segura conservación de la Compañía; 3) así somos mejor dispuestos, finalmente, para proveer oportunamente a los asuntos particulares temporales y espirituales».

Decididamente, estos hombres saben claramente por qué se aprestan a enajenar, por Dios, su libertad y ponerla en manos de un Superior, y cuáles son las ventajas que de este sacrificio esperan.

Aprovechemonos de su clarividencia, nos indican aun hoy por qué existe todavía hoy una Compañía de Jesús con sus comunidades, lo que ellas deben ser, y cuál es, en consecuencia, la función del Superior en una comunidad ignaciana.

Si nos reunimos en comunidades de obediencia, es, ante todo, para mejor llevar a cabo, sin decadencia ni vacilación, «nuestros primeros deseos» de cumplir, en todo nuestro ser y actuar la voluntad de Dios. Esta fórmula exigiría un largo comentario; dicho en una palabra, al obedecer a un Superior cada uno de aquellos amigos y todos ellos en conjunto, miraban a sentirse ante todo dentro de la voluntad de Dios, y eso en cada instante, en cada movimiento, en toda actividad, en todo proyecto, lo cual constituía su deseo fundamental: el primero, en cuanto al tiempo, en las convivencias de París y de Venecia; el primero, en su corazón, como origen de cuantos deseos los movían desde el comienzo de su compañía, y aun de su consagración a Dios.

¡Cuánta luz, y a la vez qué peso de responsabilidad para el Superior! Su primer deber es, por consiguiente, que sus órdenes, sus directrices, sus decisiones, ya con miras al grupo, ya en relación a cada Compañero, manifiesten bien, en cuanto ello sea posible, la voluntad de Dios. ¿Cómo podrá ser esto si él mismo, ante todo, no es un hombre que vive enteramente en Dios, para Dios, con Dios? Su cargo es ante todo un quehacer de oración, de interrogación incansante a Dios, de escucha al Espíritu Santo. Es indispensable que sus compañeros sientan que esto es así, que comprueben que su Superior no dispone de ellos a merced de sus pasiones, de sus miras humanas, de su «prudencia» natural, que tengan fe y confianza en él. Tal es la primera condición: el gobierno de la Compañía de Jesús es esencialmente espiritual.

Hay un peligro evidente: el de la ilusión en el Superior. Así Ignacio, muy

prudentemente, contrabalancea las «inspiraciones» del Superior —o más bien, quiere que estas inspiraciones sean contrapesadas, verificadas, confirmadas— con un conocimiento muy amplio de cada Compañero y de su respectiva situación. Tal conocimiento del Compañero ha de obtenerlo por la cuenta de conciencia, conversación privilegiada, más amplia y más íntima que una confesión, que el Superior ha de mantener con cada uno.

En cuanto al conocimiento de las situaciones, también, se es muy exigente: este conocimiento requiere ante todo una información exacta, una consulta permanente, proporcionada a la importancia de las decisiones que hayan de ser tomadas; consulta no solamente a los propios miembros de la comunidad, sino a toda persona competente: una discusión de los datos con los «consejeros» que le hayan sido designados por el Provincial —y si se trata de los provinciales, por el General—; un discernimiento, del que el *Diario espiritual* nos da excelente ejemplo; en fin, una «elección» personal ante Dios antes de tomar decisión alguna. De todo echará mano, para estar seguro de que tal es en efecto la voluntad, la intención de Dios, que él ha de transmitir a su Compañero.

Sólo a este precio satisfará el Superior los «prima desideria» de los Compañeros de su comunidad. Si ya entonces, los Primeros Compañeros se apiñaron con tanto fervor alrededor de Ignacio, fue por su convencimiento de que Ignacio estaba dotado de una «prudencia natural y sobrenatural» excepcional; y que sería en verdad el proyecto de Dios el que a ellos les llegaría a través de él.

II

El segundo fruto que los Primeros Compañeros esperaban cosechar de su sacrificio de obediencia, era «*más segura conservación de la Compañía*».

Focamos aquí un punto particularmente delicado. ¿Qué incluían los diez Primeros Compañeros en esa expresión «conservetur»? Nos parece —pero sin pretensiones de imponer en modo alguno nuestra exégesis— que esta palabra decía para ellos dos cosas diferentes.

Esto ante todo: al pasar de la estructura de compañerismo libre a la estructura de orden religiosa, la Compañía de Jesús aumentaba sus oportunidades de reclutar vocaciones y de prolongarse más allá de la vida y de la muerte de ellos. Pero sobre todo, anhelaban que *aquel espíritu*, de que estaba animada, gracias a Ignacio, la Compañía de Jesús, ya antes de constituirse en orden religiosa, se perpetuara en la Iglesia.

En este segundo punto es donde justamente está la dificultad. Se supone en él que estos hombres estaban convencidos de que la Compañía de Jesús tenía en la Iglesia una vocación original para difusión del Evangelio; y que le resultaba necesario mantenerse (conservatur) en su espíritu propio. Este es-

piritu viene definido, por los primeros historiadores de la Compañía, en términos vagos como «mens ignatiana»; Nadal habla de «el modo de proceder de la Compañía».

Salta a la vista que son tres los peligros que amenazan a la Compañía: el peligro de parar en «capilla» dentro de la Iglesia; el peligro de chauvinismo, de una autosatisfacción, y por emplear la palabra, de cierto orgullo de casta; finalmente, el peligro de un proceso tendencioso con respecto a tal o cual Compañero, de tal o cual casa o provincia. ¿Podría asegurarse que estos peligros, aun en el tiempo en que vivía Ignacio, eran peligros ilusorios? Cuando Ribadeneira en 1555 se encuentra con el grupo de Lovaina y encargado de la misión de preparar el nombramiento de un Provincial de Flandes, bastó con que escribiera a Roma: «Andrianssens no tiene la *mentalidad* de Vuestra Paternidad, ni la *manera de proceder* de la Compañía», para que Ignacio prefiriera a B. Olivier sobre Andrianssens.

Entonces, todo Superior está obligado a mantener esta «mens ignatiana» en su comunidad, para que ésta resulte auténticamente ignaciana. Empeño delicado, si le hubo jamás. Supone que el propio Superior es ya profundamente ignaciano, está penetrado del espíritu de las Constituciones, del «ars gubernandi» de Ignacio, del «modo de proceder» de la Compañía; hasta el punto de que pueda decirse de él, lo que, según parece, se decía de Diego Mirón, Provincial de Portugal: «es el ejemplo» de un perfecto Compañero.

Por fortuna para la flaqueza humana, el orden de la caridad supera al orden del espíritu. Y a falta de conocimientos, incluso aun de perfección, el Superior puede tener —debe tener— amor a la Compañía, difundirlo en torno a sí en la comunidad discretamente, con tacto, pero sin complejos. Un amor filial que acepta la Compañía como acepta un niño a su madre, tal cual es, con sus defectos y sus limitaciones, pero a la vez con su gracia, sus cualidades, sus virtudes, su historial, sus pruebas, sus fracasos. Amor humilde y reconocido, que sepa agradecer lealmente cuanto la Compañía da, espiritual y humanamente, a sus hijos; amor que desea en consecuencia «cosechar frutos» apostólicos. Amor celoso, que se esfuerza por no mancillar la «buena fama» de la Compañía; antes al contrario, por contribuir de su parte a la reputación de ella, cual fiel servidora de Cristo y de la Iglesia.

Las etapas de *discernimiento espiritual*, por las que los diez primeros Padres pasaron en 1539, pueden también aquí servir de «modelo» al Superior de una comunidad de hoy. Su decisión de obedecer no fue adoptada sino después de enfrentada seriamente la posibilidad de permitir que su grupo saltara en pedazos y se atomizara en virtud de las «misiones» que habría de confiarles «el Vicario de Cristo», hasta el punto de «no interesarse más (los unos por los otros) que por quienes no fueran de la Compañía»; y —segunda etapa— después que se hubieron decidido, por el contrario, a «unirse en un cuerpo único». De igual modo, el Superior debe ayudar a los miembros de su comunidad a «interesarse» los unos por los otros; o, todavía mejor,

a compenetrarse en un «cuerpo» en que «cada uno se haga cargo y se preocupe por cada uno». Esto va lejos, es cierto, pero es indispensable: no hay otro modo de que pueda ser ejercida la relación autoridad-obediencia, que dentro de un «cuerpo» así, un cuerpo de amistad; solo así no degenerará en ilusiones o en autoritarismo.

Nos falta por saber la mutua correspondencia de Ignacio con los otros nueve primeros Compañeros; podemos saberlo por sus relaciones con ellos, o más bien con todos sus «inferiores» en general, como nos lo manifiesta esta «manera» de gobernar: «Es cosa mucho de considerar, —anota Cámara en su *Memorial* (n. 86)— cómo N. P. en cosas que parecen las mismas usa de opósitos medios; a uno con grande rigor, y a otro con grande blandura».

¿Cómo entender semejantes diferencias? «Siempre es más inclinado al amor» (ibid.). Y es sabido que entre quienes se beneficiaron de la «blandura» del P. Ignacio, había tres grupos de «privilegiados»; las vocaciones en peligro; quienes hubieran cometido alguna falta; quienes, finalmente, debían ser despedidos de la Orden o quienes se marchaban por propia decisión. Por el contrario, los que en ocasiones, se beneficiaron de su «grande rigor» se llaman Xavier, Laínez, Fabro, Nadal o aun el propio rebelde pero generoso Bobadilla; o aquel otro Simón Rodríguez, cuya rebelión trató Ignacio con tanta paciencia y delicadeza dentro de la necesaria severidad.

He ahí estos datos que aclaran lo que para cada Superior y en su nivel peculiar, debe ser la manera de amar y de hacer amar la Compañía.

III

El tercer objetivo que se propusieron los Compañeros al vincularse por el voto de obediencia era una mejor disposición «para proveer oportunamente a los asuntos particulares temporales y espirituales». Una intención, que, por lo demás, se apoyaba en un motivo curioso: «Aun cuando nosotros hayamos dado al sumo Pontífice y Pastor toda obediencia, ya universal ya particular, sin embargo no podría él, y pudiéndolo no sería decoroso, ocuparse en nuestros asuntos particulares y contingentes».

He ahí, por cierto, un argumento sin vuelta de hoja. Pero esta consideración que nos pareciera superficial, Ignacio la hizo principio para el gobierno de una comunidad de Compañeros. Habrían de ser citadas aquí en su integridad las preciosas páginas del *Memorial*, en que Cámara nos muestra cómo trataba Ignacio con los Provinciales, y cómo les aconsejaba que trataran con los Rectores u otros Superiores: «Nuestro Padre quería que los Provinciales en sus Provincias tuvieran toda la libertad posible en el gobierno de ellas y que no privaran de ella a los rectores y demás Prepositos locales para con sus súbditos» (*Memorial*, n. 270). Cámara pudo aportar luego

en apoyo de sus dichos la admirable carta que Ignacio dirigiera a Diego Mirón el 17 de diciembre de 1522 (*Obras Completas...* págs. 800-801. *Memorial*, *ibid*).

Pero veamos lo más importante: Bajo esta práctica de Ignacio y bajo sus directrices, se oculta una visión profundamente espiritual: «Fundábase esta orden del P. Ignacio en que Dios N. Sr. concurre de modo particular con el Superior Inmediato y el inferior en aquellos asuntos particulares que propia e inmediatamente pertenecen a su oficio; por ello el quererlos limitar, o gobernar con reglas universales, es quitarles su superioridad, y por consiguiente impedir la cooperación de aquella especial gracia de Dios, que al ser dada al agente particular tiene más eficacia para tales casos que cualquier otra». (*Memorial* n. 271).

A todo esto se agrega el argumento de la providencia. Con realismo espiritual —cuyo modelo está en la célebre «Contemplación para alcanzar amor»— Ignacio capta los signos de Dios en los acontecimientos y en las situaciones. «¿Cómo puede el General, estando tan lejos de la provincia, acudir a tiempo a los mil asuntos particulares que en ella se plantean? Y aun en el supuesto de que acuda, ¿cómo es posible que esté informado de los múltiples pormenores incidentes, de los cuales depende ordinariamente la solución del caso?» (*Cámara*, n. 271). «¿Cómo el Provincial puede regirse por leyes y reglas generales, siendo así que sobrevienen cada día tantas y tan diversas circunstancias que cambian totalmente el planteamiento de los asuntos?» (*ibid.*).

Decididamente, es menester no dejarse engañar por la famosa comparación de la «esfera celeste» que se lee en la carta de la obediencia de 26 de marzo de 1533: En modo alguno es Ignacio un hombre de planes preconcebidos, de «plannings»; su espiritualidad le lleva a seguir paso a paso, según se manifiesta a través de mil «circunstancias», el proyecto de Dios sobre la Compañía universal, ciertamente; pero también sobre cada uno de los Compañeros.

Sería petulante prudencia la de pretender juzgar desde Roma los casos particulares que se plantean a los Compañeros, a los que, tal vez, jamás se ha visto, ni se los conoce, y cuya situación precisa se ignora. «Todo esto lo tenía N.P. Ignacio bien ponderado; por eso siempre hizo tanto caso, concluye Cámara, de dejar a los superiores inmediatos toda la libertad posible...; (de otro modo) quedaría perturbado en gran parte el orden de gobierno, que el Espíritu Santo enseñó a nuestro bendito Padre» (*Memorial*, n. 272).

Las *Constituciones* guardaron fielmente este espíritu de Ignacio. Desde el *Examen General* se afirma: «Considerando en el Señor nuestro, nos ha parecido en la su divina Majestad, que mucho y en gran manera importa que los Superiores tengan entera inteligencia de los inferiores; para que con

ella los puedan mejor regir y gobernar, y mirando por ellos enderezarlos mejor in viam Domini» (*Examen*, c. 4, n. 34. *Obras Completas...* n. [917]).

Finalmente, del Superior inmediato depende el éxito, la eficacia de la obediencia del Compañero. La responsabilidad ciertamente es onerosa: le resulta necesario, en todo momento, ser para cada miembro de su comunidad, un auténtico «instrumentum Dei», ejercer una especie de mediación, por su familiaridad con Dios, por su discernimiento espiritual, por su prudencia natural y sobrenatural, por su paciencia, su bondad y su fortaleza, su «blandura» y su «rigor».

Debe de continuo afrontar situaciones de tensión: el interés personal con que *debe* atender a cada uno de sus Compañeros, no puede eliminar la «solicitud», que diría San Pablo, por la comunidad como tal, por la Compañía entera, y aun por la Iglesia. ¿Cómo conciliar todos estos imperativos aparentemente contradictorios?

Sin duda, los conflictos son, la mayor parte de las veces, fáciles de armonizar; pero ¿quién se atreverá a afirmar que toda tensión es ilusoria, que los casos dramáticos son excepcionales? No se muestra la grandeza, decía admirablemente Pascal, al situarse en el extremo (de una virtud), sino al tocar los dos (esta virtud y la virtud contraria) a la vez, rellenando todo el espacio entre las dos, es decir, la cualidad suprema de un Superior consiste en armonizar, en su propia conducta en sí mismo, actitudes, sentimientos, «virtudes» que a primera vista parecen excluirse; pero armonizarlas no precisamente juxtaponiéndolas, sino apoyando la una en la otra. Y, por emplear los términos de Cámara, no «blandura» y «rigor», sino un blando rigor y una rigurosa blandura.

Así, la autoridad del Superior debe estar impregnada, embebida de amistad sincera y muy personal para con cada uno de sus Compañeros. Pero esta amistad jamás debe degenerar en camaradería, ni siquiera en un simple compañerismo; debe amar, en éste a quien beneficia, ante todo y sobre todo, su «vocación», es decir, lo que Dios ama en él, lo que de él quiere hacer a través de los acontecimientos: esa amistad es búsqueda en común del proyecto particular que Dios tiene sobre él, dentro del proyecto global que Dios tiene sobre esta comunidad. Es una amistad, que, en verdad, incluye toda la delicadeza del corazón humano, pero que va más allá: es para Dios, en Dios, por Dios.

* * *

Tras meditar y ponderar así los fines que los diez Primeros Compañeros se propusieran al crear comunidades según el espíritu en que los había imbuido Ignacio, ¿quién se atreverá a asumir la carga de Superior?

Los elegidos para semejantes responsabilidades tan pesadas consuélenn-

se y tengan buen ánimo. Antes que ellos, el propio Ignacio hubiera querido descargarse del peso, y hasta lo intentó. En 1543 escribía a Bobadilla, quien le reprochaba su mal gobierno de la Compañía: «Siendo contenta la Compañía o la media parte de ella, yo os doy mi voto, si algún valor tuviere, y os ofrezco de mucho buena voluntad y con mucho gozo de mi ánima el cargo que yo tengo; y no solamente os elijo, como digo, más si otra cosa os pareciere, me ofrezco a lo mismo para elegir a cualquiera que vos nombráredes, o que cada uno de ellos nombrare... Es mucha verdad que, absolutamente hablando, yo deseo, quedando bajo, restar sin este peso» (Fecha incierta).

El Superiorato es un servicio. Puro y duro servicio. Ignacio trató ya de antemano en sus *Constituciones* de reconfortar a quienes habrían de ser llamados a este servicio a sus hermanos. En la *Parte IX* de las *Constituciones* (cap. 2), tras haber trazado el retrato, un poco borroso dada la flaqueza humana, de las «cualidades que debe tener el Prepósito General», y, hasta cierto punto, todo Superior, añade: «Y si algunas de las partes arriba dichas faltasen, a lo menos no falte bondad mucha y amor a la Compañía y buen juicio acompañado de buenas letras. Que en lo demás las ayudas que tendrá, de que se dirá abajo, podrían mucho suplir con la ayuda y favor divino» (n. 10. *Obras completas*. . pág. 576. [735]).

En síntesis: reconocemos a nuestro propósito la sabiduría básica de las *Constituciones*. Resultaría maravilloso que la Compañía de Jesús y sus comunidades pudieran vivir en base de sola «interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones». Pero el hombre es quien es; las cosas son como son: sería utópica la esperanza de vivir en semejante paraíso terrestre. Son de necesidad «las Constituciones exteriores» y los Superiores; quienes al ritmo de los días, pacientemente, a través de vientos y tormentas «construyan en la medida de lo posible comunidades apostólicas ignacianas», según la expresión de la CG 32. Pero ni las *Constituciones* ni los Superiores podrán «ayudar a los Compañeros a avanzar en la vía del divino servicio», a menos que ellos mismos y los miembros de sus comunidades estén enteramente animados por esta «ley interior de la caridad y amor».

Nada efectivo se consigue, en la economía de la redención, sino por el amor y e.: el amor: Es Jesucristo quien vive en el corazón de su Compañía.

